

Una nueva historia económica de Portugal

● LUIS EDUARDO PIRES
Universidad Rey Juan Carlos

Los historiadores económicos, concentrados en sus trabajos específicos sobre un problema, un lugar o un momento histórico concreto, necesitan un marco general que guíe y proteja sus estudios particulares. Este marco puede ser de dos tipos. El primero es el conjunto de relaciones con los otros historiadores, unas conexiones que permiten comprobar que cada investigación particular no es un esfuerzo aislado, sino que se enmarca dentro de un trabajo global que da sentido y fuerza a la disciplina. El segundo marco es el establecimiento de una historia general que abarque un amplio periodo de tiempo y que sirva de interpretación global para todos los estudios particulares sobre la materia. Existen numerosas formas de establecer la primera relación, a través de asociaciones, revistas especializadas o congresos. Para el segundo marco las opciones son menores, ya que se suelen limitar a la publicación de obras generales sobre la historia de un periodo o de un asunto específico.

El libro que nos ocupa (Pedro LAINS y Álvaro FERREIRA DE SILVA, *História Económica de Portugal (1700-2000)*, Imprensa de Ciências Sociais, Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, 2005, 3 vols), cumple perfectamente esta segunda función al ofrecer un amplio y detallado estudio de la evolución económica y social de Portugal durante los tres últimos siglos. Pero a la vez, y esta es una de las características más valiosas de la obra, ha servido para reunir los trabajos de investigación más recientes e innovadores de los principales historiadores portugueses. Este trabajo colectivo ha sido de mucha utilidad para los propios investigadores portugueses, que han podido sintetizar y colocar en un marco general –que antes no existía– sus estudios particulares, aunando los esfuerzos de diferentes especialistas en historia económica, historia agraria, historia industrial, historia de la ciencia y la tecnología, historia monetaria y financiera y, crecimiento económico. Pero además, los historiadores econó-

micos españoles también podemos encontrar una gran utilidad en esta obra portuguesa debido a los numerosos parecidos que hay en la evolución histórica, económica y social de los dos países ibéricos durante estos tres últimos siglos, parecidos que se irán remarcando a lo largo de esta reseña.

Un manual de historia económica de Portugal

De lo anterior se podría deducir que la obra que estamos comentando consiste simplemente en una acumulación, más o menos ordenada por materias y siglos, de diferentes trabajos de cada uno de los autores. Nada más lejos de la realidad. Nos encontramos ante un verdadero manual de historia económica de Portugal, donde se abordan todos los elementos claves que permiten entender la evolución económica y social de nuestro país vecino. La elaboración de esta obra, por tanto, ha exigido un gran trabajo de coordinación de los dos «organizadores» (así denominados en portugués), Pedro Lains y Álvaro Ferreira de Silva. Tal como explican en el prefacio, tuvieron que realizar varias reuniones para repartir el trabajo intentando coordinar dos elementos: el reparto de las diferentes materias entre los autores especializados en cada una de ellas, pero a la vez, la adaptación de cada autor a un esquema general, similar para los tres siglos, que confiriera unidad y coherencia a toda la obra. Con ello se ha conseguido una perfecta armonía entre, en primer lugar, el hecho de aprovechar los conocimientos de numerosos especialistas, incluyendo a veces controversias entre distintos autores debido a sus interpretaciones contrarias sobre determinados aspectos, y en segundo lugar, homogeneizar todas las contribuciones para crear una obra que ofrezca una visión global del desarrollo económico portugués de los últimos siglos.

La obra se divide en tres volúmenes dedicados a los siglos XVIII, XIX y XX. La utilización de un índice de lecciones similar en cada uno de los tres volúmenes es la manifestación más evidente de la coherencia de esta obra que acabamos de explicar. Se trata de un índice que aborda los tres elementos básicos del análisis económico de una nación. El primero es el productivo, o de oferta, donde se analizan los factores productivos que incrementan la renta de un país: la población, la tierra, el trabajo, el capital, y la tecnología. El segundo análisis es el sectorial, con seis capítulos dedicados a la agricultura, la industria, la moneda y la banca, las cuentas públicas, las relaciones con el exterior, y el imperio portugués. El último grupo de lecciones incluye aquellos factores políticos e institucionales que encuadran las actividades económicas analizadas anteriormente, estudiando las organizaciones sociales y laborales, la política económica, y las instituciones y el marco legal. Además de todos los elementos positivos, ya comentados, que esta estructura organizativa proporciona a la obra, podemos encontrar otras ventajas en esta esquematización. Una de ellas es que, al ser una obra tan extensa,

los especialistas pueden consultar sólo aquellos capítulos de su interés, pero obteniendo a la vez una amplia visión de la evolución de cada materia durante los tres últimos siglos, al poder leer el mismo capítulo para cada uno de los tres siglos. Otra ventaja es que, aunque la mayoría de los capítulos tienen el mismo título en los tres siglos (suelen ser, además, títulos cortos como «El capital», «La tecnología», «La industria», etc.), las pequeñas diferencias, tanto en los títulos del capítulo como en la ausencia de algún capítulo en alguno de los siglos, son un reflejo de la evolución económica y social de Portugal en ese periodo. Por ejemplo, el primer capítulo dedicado a la población, se titula «La evolución de la población» en el siglo XVIII, «Población y crecimiento económico» en el XIX, y «La transición demográfica» en el XX, lo que muestra cómo ese proceso de transición demográfica, que comenzó en la mayoría de los países avanzados en los siglos XVIII y XIX, en Portugal, al igual que en España, se retrasó hasta el siglo XX, aunque se desarrolló con mucha mayor rapidez. Otra diferencia es que el capítulo dedicado a las «Relaciones económicas con el exterior», cambia de título en el siglo XX para pasar a denominarse «La internacionalización de la economía», reflejando la destacada influencia que la globalización ha tenido en el crecimiento de los países, o dicho de otra forma, que la única forma efectiva que han tenido los países para crecer y desarrollarse en la segunda mitad del siglo XX, ha sido a través de una intensificación de sus relaciones económicas con el exterior, sobre todo en países de tamaño pequeño como es el caso portugués. Una tercera diferencia se produce en el capítulo sobre «El imperio», que en el siglo XX añade al título «El imperio y las relaciones económicas con África», donde se muestra, por un lado, y a diferencia de lo que ocurrió con la economía española donde el imperio colonial apenas tuvo influencia en la economía nacional en el siglo XX, la importancia que tuvo la cuestión colonial en Portugal hasta fechas muy recientes como los años setenta con el final de la dictadura y la transición a la democracia, y por otro lado, cómo del inmenso imperio que llegó a controlar Portugal en los siglos anteriores sólo pudo mantener, en el siglo XX, un pequeño grupo de naciones en África (por cierto, lo mismo ocurrió en España con sus posesiones africanas en el Sahara, aunque repito que la influencia de estas colonias en la economía española del siglo XX fue menor que en Portugal). Otra diferencia se produce en los capítulos dedicados al ámbito productivo, donde destaca el hecho de que se incluya un capítulo sobre «La tierra» en los siglos XVIII y XIX, capítulo que desaparece en el siglo XX, a la vez que el capítulo dedicado a «El capital», presente en los dos últimos siglos, no lo está en el siglo XVIII. Es una muestra evidente del profundo cambio en la estructura productiva portuguesa, que comentaremos más extensamente a continuación. Una quinta diferencia se produce en el capítulo dedicado a las organizaciones sociales y laborales, capítulo que en el siglo XVIII se titula «Élites económicas», en el XIX «Trabajadores y empresarios», y en el XX «La organización del trabajo», reflejando de nuevo la evolución productiva de la economía portuguesa, que pasó de basarse en la

posesión de tierras por la élites del país en el siglo XVIII a una organización empresarial y laboral moderna en la actualidad. Por último, en el volumen dedicado al siglo XX aparece al final un capítulo titulado «Coyuntura política y economía», donde se repasan los principales acontecimientos políticos de los tres últimos siglos en Portugal, relacionándolos con su evolución económica.

Por encima de los numerosos asuntos tratados en esta obra, emerge una idea básica que se repite a lo largo de todos los capítulos, la necesidad de investigar el pasado económico portugués para explicar la situación económica presente y predecir y abordar el futuro del país. Se trata de un objetivo común a todos los historiadores, que no se deben limitar sólo a describir los hechos que han ocurrido en el pasado, sino que tienen que dar un paso más allá, tratando de aplicar esas experiencias históricas hacia el presente y el futuro. En la historia económica este objetivo se intensifica aun más, toda vez que se unen dos disciplinas, una orientada hacia el pasado (la historia) y otra hacia el futuro (la economía). Para poder combinar estos dos elementos, adquieren una decisiva relevancia los modelos económicos abstractos que tratan de explicar la realidad. Efectivamente, sólo se puede trasladar la experiencia histórica de determinados acontecimientos económicos pasados hacia el presente (para explicarlo) y el futuro (para predecirlo) mediante los modelos de la teoría económica. En el propio libro se aborda esta cuestión: «La historia económica intenta explicar los fenómenos económicos utilizando el análisis de la evolución de los factores que la teoría económica, con su gran variedad de modelos explicativos alternativos o complementarios, nos apunta como importantes» (vol. 3, p. 27, traducción mía). Como bien indica esta cita, existen multitud de modelos explicativos del desarrollo económico a largo plazo de los países, aunque la mayoría de los economistas aceptan, con mayores o menores críticas, un mismo modelo de crecimiento denominado «neoclásico». No obstante, este modelo ha sufrido una evolución histórica desde las primeras aportaciones de los economistas clásicos en los siglos XVIII y XIX hasta la actualidad. En este sentido, como un modelo teórico no es más que una construcción abstracta que se inspira en los problemas económicos y sociales del momento en el que aparece, puede tener más sentido analizar el desarrollo económico de un país en función de los modelos de crecimiento existentes en cada época, más que utilizar un modelo actual para tratar de explicar crecimientos pasados. De hecho esta es la estrategia que utiliza el libro que estamos reseñando, distinguiendo entre los tres siglos estudiados. Siguiendo a Angus Maddison (*Dynamic Forces in Capitalist Development*, Oxford University Press, 1991, cap. 1), los modelos económicos explicativos del desarrollo capitalista han pasado por tres fases, la primera es la de los autores que escribieron en la época protocapitalista (Adam Smith y Robert Malthus), la segunda es la de aquellos que ya escribieron en el período capitalista (David Ricardo, Karl Marx y Joseph Schumpeter), y la tercera es la del espectacular desarrollo de las nuevas teorías del crecimiento económico en la segunda mitad del siglo XX. Todas estas teorías

as tienen elementos en común, que se reflejan, por ejemplo, en el esquema del libro comentado, con la división entre los capítulos dedicados a los factores de producción y el análisis sectorial (lo que Maddison denomina causas «próximas» del crecimiento de la renta) y los capítulos que tratan sobre el marco institucional, social y de política económica (las causas «últimas» según Maddison). Pero también existen diferencias entre estas teorías, ya que cada una de ellas intenta reflejar la realidad económica y social del momento histórico en el que aparecen. Por ello resulta muy interesante analizar el desarrollo económico de cada uno de los tres últimos siglos utilizando las teorías económicas existentes en ese momento. Al coincidir las tres fases de los modelos económicos del desarrollo con estos tres siglos, y al ser esta la estrategia que sigue el propio libro, vamos a utilizar este procedimiento para analizar, en el resto de esta reseña, cada uno de los tres siglos.

El Setecientos

En la introducción del primer volumen dedicado al siglo XVIII, el autor expone el modelo de Adam Smith y defiende que es el mejor modelo para explicar la evolución económica portuguesa en ese siglo. Smith puso las bases de la teoría económica del crecimiento que todavía seguimos utilizando los economistas: estableció la idea de lo que en la actualidad denominamos renta *per capita*, la existencia de factores de producción que incrementan esa renta en el tiempo, además de defender el análisis histórico del crecimiento económico mediante los estudios comparativos. Smith consideraba que la riqueza de las naciones se sustentaba en la existencia de incentivos para que los individuos desarrollen sus actividades económicas (derechos de propiedad bien definidos), una oferta de bienes y servicios que responda a los estímulos del mercado, la concentración de la oferta a través de la urbanización con el fin de aprovechar las economías de escala y la especialización, los beneficios del comercio internacional, y el papel de la política para incentivar el desarrollo económico. Este modelo contemplaba la posibilidad de superar el crecimiento de la población con pequeñas ganancias de eficiencia, mejorando el nivel de vida a través del acceso a nuevos tipos de bienes. Pero el modelo no podía explicar satisfactoriamente los incrementos exponenciales de la renta que la revolución industrial promovió en las décadas posteriores a la publicación del libro de Smith en 1779, y que continúan hasta nuestros días. Quizás el mayor fallo del modelo de Smith, superado por modelos posteriores, fue no distinguir entre los beneficios producidos por las economías de escala y por el progreso técnico, dando un peso mucho menor a la tecnología. No obstante, el modelo de Smith sirve perfectamente para explicar el moderado crecimiento portugués del siglo XVIII.

El principal problema para estudiar la economía portuguesa del siglo XVIII es la escasez de datos, que es necesario compensar mediante el recurso a análisis

deductivos e hipótesis interpretativas, para los que el modelo de Smith antes explicado puede servir de gran ayuda. Así, una serie de datos sugieren que Portugal tuvo un crecimiento del producto suficiente para compensar el crecimiento de su población. Los datos sobre población son más abundantes, y reflejan unas tasas de crecimiento similares a las europeas, sobre todo en la segunda mitad del siglo (recuperándose de la alta mortalidad del terremoto de 1755). Estos datos también apuntan a un incipiente descenso de la mortalidad catastrófica, unido al proceso de urbanización, los primeros signos de una transición demográfica que, sin embargo, todavía tardaría en llegar. El principal sector productivo en ese momento era la agricultura, tanto en términos de producto como de población trabajadora. De ahí que la evolución de este sector refleje la evolución económica del país. En el capítulo dedicado a la agricultura, el autor se muestra muy optimista sobre la evolución de este sector, con un aumento de la producción basado sobre todo en el incremento de las tierras cultivadas y la inversión en capital agrícola, aunque también con algunas mejoras de eficiencia y tecnológicas basadas en una importante capacidad de adaptación a los estímulos del mercado. Los estudios sobre la productividad del trabajo agrícola inciden en esta línea, aunque la escasez de datos deja este asunto abierto para futuras investigaciones. La evolución de la urbanización en Portugal también ofrece conclusiones muy positivas. Recuérdese que en el modelo de Smith las ganancias de eficiencia del sector agrícola apoyarían el crecimiento de la población urbana y de las manufacturas, permitiendo la interacción entre la agricultura y los sectores secundario y terciario. La constatación de una red urbana densa y de una capital política y económica (Lisboa) que impulsaba la agricultura y la economía del país, refuerza ese optimismo.

Sin embargo, el optimismo anterior no es compartido por el autor del capítulo dedicado a la industria, quien defiende que la red urbana era muy pequeña, muy deficientemente conectada entre sí por las vías de comunicación, y con un papel preponderante de Lisboa pero estando el resto de poblaciones urbanas muy poco desarrolladas. Algunos datos como el grado de monetización de la economía portuguesa (que trataremos más adelante) comparado con países con un similar grado de urbanización que el portugués, avalan su afirmación. La conclusión de este autor es que la demanda de bienes industriales por parte del sector agrícola fue muy pequeña, dificultando con ello el desarrollo del sector industrial. La demanda industrial de las colonias tampoco fue muy grande debido a que se utilizó sobre todo la reexportación de productos europeos en lugar de la industria nacional. En este punto es necesario recalcar una característica importante de este libro, el hecho de que no oculta las polémicas entre los diferentes autores (como en este caso entre optimistas y pesimistas acerca del desarrollo portugués en el setecientos), ya que no intenta establecer hipótesis definitivas e indiscutibles sobre la historia económica portuguesa, sino líneas interpretativas, en ocasiones opuestas, que permitirán avanzar en el futuro con nuevas investigaciones.

La cuestión agrícola, al ser el sector básico de la economía portuguesa en este

período, está presente, en mayor o menor medida, en casi todos los capítulos del volumen. Así, en el ámbito político, dentro de las reformas generales de inspiración europea que abordaron los reyes portugueses en el siglo XVIII, la reforma agraria tuvo un peso muy importante. Estas reformas se centraron, sobre todo, en las características jurídicas e institucionales del sector agrícola, con asuntos como la propiedad de la tierra, el tamaño de las explotaciones o el régimen de explotación. Es evidente la semejanza con el caso español, con sus reformas borbónicas de inspiración francesa. Y semejantes también fueron las dificultades en aplicar esas reformas en ambos países. En primer lugar, el campo portugués, como el español, no era uniforme, predominando en el Norte del país las pequeñas explotaciones con vínculos de explotación a muy largo plazo, frente a las grandes extensiones de propiedad en el Sur. De forma general, en el libro se recalca la diferente evolución portuguesa y española, frente a la tendencia europea del declive de los vínculos y la primogenitura. En realidad, la conclusión principal de estos intentos de reforma fue que su éxito práctico fue muy limitado (se verá que esto ocurrió también en otros aspectos de la reforma, como el fiscal). Y la causa principal de que las reformas no pudieran ir muy lejos fue la estructura social de la época y la resistencia de ciertas clases sociales a los cambios propuestos. Es lo que se conoce genéricamente como el «Antiguo Régimen», que está muy bien estudiado en el capítulo dedicado a las élites económicas. Recuérdese que este capítulo, en los siglos XIX y XX cambia de título para pasar a referirse a las relaciones laborales entre los trabajadores y los empresarios. Estamos, por tanto, en un siglo XVIII donde todavía están claramente definidas unas clases sociales con escasa movilidad entre ellas. La nobleza, al resistirse a perder sus privilegios, y el pueblo llano, muy inmovilista por el peso de la tradición, se resistieron mucho a los cambios propugnados por la monarquía reformista y la incipiente burguesía. Sin olvidar, como analizaremos más adelante al discutir las políticas comerciales, que esta relación entre el poder real y la burguesía pudo dificultar el progreso natural de la economía, tal como denunció en su momento el propio Adam Smith, al favorecer las políticas mercantilistas y dificultar el crecimiento económico basado en la libertad de comercio y en la ausencia de la intervención del Estado en ciertos negocios (empresas públicas).

A continuación, este volumen analiza el papel del capital y la tecnología en el desarrollo económico portugués del siglo XVIII. Sin embargo, la mayoría del capital estaba fijo e inmóvil en la tierra y pertenecía a grupos rentistas improductivos (tal como más tarde teorizaría David Ricardo, criticando a la improductiva clase terrateniente, a pesar de que él mismo, al final de su vida, se convirtió en un terrateniente). Es por eso que en el volumen del siglo XVIII no aparece un capítulo dedicado íntegramente al capital, capítulo que sí existe en los otros dos siglos. Pero en el capítulo dedicado a la tecnología se pueden encontrar algunas características de la evolución del capital productivo portugués, más bien de su escasa evolución. Es evidente, tal como nos muestra el libro, que en este siglo se

produjeron cambios destacados en el patrimonio productivo portugués y en las actitudes de los agentes económicos respecto a los procesos de fabricación, de asimilación de nuevas técnicas productivas y nuevos productos. Sin embargo, este proceso de transferencia tecnológica se basó en copiar técnicas extranjeras o en contratar a expertos foráneos. Esta estrategia de imitar a las economías líderes es lógica en las primeras etapas de crecimiento económico, aunque, tal como pondrán de relieve los otros dos volúmenes, esta dependencia tecnológica ha continuado hasta nuestros días, siendo uno de los principales problemas de la economía portuguesa, y también española, en la actualidad. Además, el proceso de innovación tecnológica en el setecientos se centró en la introducción de nuevos bienes más que en la mejora de la actividad productiva de las instalaciones fabriles. La inexistencia de estructuras de red, tanto en las oficinas y fábricas como en las academias científicas y universidades, se apunta como una de las principales causas que dificultó la renovación tecnológica en Portugal.

Entramos ahora en el sector exterior. Aquí encontramos una de las principales diferencias en la evolución económica a largo plazo entre Portugal y España. Portugal, al ser un país mucho más pequeño, y por sus tradicionales y estrechas relaciones con el Reino Unido, ha estado mucho más abierto al exterior, frente a la mayor tendencia española a proteger y cerrar su economía en bastantes momentos de su historia. Así, las doctrinas mercantilistas no fueron tan intensas en Portugal, y la evolución de las actividades ligadas al comercio exterior fue positiva durante el siglo XVIII, exceptuando el periodo dominado por el marqués de Pombal a mediados de siglo (hombre fuerte del rey absolutista José I) y, por supuesto, los turbulentos años de finales de siglo y principios del XIX que analizaremos más adelante. Un elemento clave en las relaciones exteriores portuguesas es el papel de las colonias. Es muy significativa la similar evolución de las colonias en Portugal y España. Destacados países colonialistas desde varios siglos antes, las turbulencias políticas de principios de siglo XIX hicieron que perdieran la mayoría de sus colonias. A finales de ese siglo volvieron a tener graves problemas coloniales (el ultimátum inglés que obligó a retirar las tropas portuguesas establecidas entre Angola y Mozambique, y la pérdida de las colonias españolas en 1898), y ya en el siglo XX sólo les quedaban colonias en África, de las que se desprendieron tardíamente en la segunda mitad del siglo dentro del proceso de descolonización que comenzó tras la Segunda Guerra Mundial. La única diferencia está en esta última descolonización, proceso que en Portugal fue mucho más complicado y traumático que en España (lo analizaremos más adelante). Pues bien, en el siglo XVIII se reforzó la colonización de Brasil y de las posesiones en el África Occidental, lo que procuraba mano de obra, materias primas y metales preciosos.

Precisamente esta llegada de moneda, concretamente de oro del Brasil, influyó decisivamente en el sistema monetario portugués. El sistema se basaba en el bimetallismo oro-plata y en el monopolio real de emisión. Sin embargo, la llegada del oro brasileño modificó los objetivos de la política monetaria, que pasaron

de intentar aumentar los ingresos públicos mediante la devaluación de la moneda o el señoreaje, a tener como objetivo prioritario la estabilidad del valor legal de la moneda. En el capítulo correspondiente, la interpretación de sus autoras es que este cambio de prioridades se explica por la coincidencia de intereses entre la corona y los comerciantes. Es necesario destacar también dos características importantes del sistema monetario portugués del setecientos, que influyeron decisivamente en la evolución posterior durante el XIX. La primera es que en 1797 se introdujo por primera vez, y de forma continuada, una moneda fiduciaria inconvertible, que puso fin al régimen de estabilidad monetaria anterior. La segunda es la estrecha relación de la política monetaria con las finanzas públicas.

Efectivamente, en la financiación de la corona portuguesa durante el siglo XVIII se observa una continuidad respecto al siglo anterior; las principales fuentes de ingresos fueron los derechos aduaneros y los relacionados con los monopolios reales, lo que hacía depender excesivamente esos ingresos de la evolución comercial y colonial (el oro brasileño) portuguesas, además de la concentración de esos ingresos en la ciudad de Lisboa (beneficioso porque reducía los costes de recaudación, pero perjudicial al dificultar la implantación de un Estado fiscal en todo el territorio portugués). Hay que recordar que en otros países europeos empezaban a adquirir importancia los impuestos indirectos como base de la financiación de los Estados nacionales, pero que en Portugal ese tipo de impuestos (la «sisa») estaba decreciendo. La excesiva dependencia de este sistema fiscal hizo que cuando, a finales de siglo, surgieron dificultades en el comercio exterior, en los ingresos patrimoniales y en la vitalidad de la economía lisboeta, el sistema se resintiera. Y cuando una crisis más intensa se produjo a principios del siglo XIX, con la guerra, la depresión comercial y las pérdidas coloniales, el sistema entró en bancarrota.

En definitiva, no tiene mucho sentido analizar el siglo XVIII como una antesala del crecimiento económico del XIX, sino más bien como el ejemplo de un país que, como otros incluyendo a España, al comienzo de la revolución industrial ya tenían diferencias importantes respecto a las economías que mejor aprovecharon ese proceso industrializador. Este hecho conecta con el interesante debate entre progreso y decadencia, que se centra en el hecho de que países como Portugal, aunque experimentaron un crecimiento económico (en el siglo XVIII, tal como acabamos de ver, y también en los siguientes dos siglos), se mantuvieron rezagados respecto a los países líderes. Se trata de un debate que seguramente estará presente en la agenda de los investigadores portugueses del siglo XVIII, y que también está presente en el análisis del siglo XIX que abordamos a continuación.

El Ochocientos

El segundo volumen de esta obra estudia el siglo XIX. El marco teórico de este volumen se basa en dos elementos. El primero es el de las teorías del creci-

miento económico. Si Adam Smith había establecido un modelo capaz de explicar los modestos avances del siglo XVIII, en el siglo XIX es cuando se produce el desarrollo económico moderno basado en el crecimiento sostenido del producto *per cápita* y de la población. El modelo de Smith fue completado por sus seguidores de la denominada «escuela clásica» de economía, sobre todo con los trabajos teóricos de David Ricardo. El modelo ricardiano no sólo contempla el crecimiento como un proceso de acumulación de recursos productivos (tierra, trabajo y capital), sino sobretodo en los cambios en la forma en que son utilizados. Por tanto, más que en la cantidad de los recursos (sujetos, según demostraron los economistas clásicos, a rendimientos decrecientes), la clave está en su calidad: la transferencia de recursos desde los sectores menos productivos (agricultura) hacia los más productivos (nuevas industrias), el aumento de la productividad debido a la introducción de innovaciones tecnológicas y de organización, así como la mejora en la cualificación de los trabajadores. Junto a esto se une el papel del comercio internacional y de la circulación mundial de información, todo ello bajo un entorno social e institucional favorable al crecimiento, aspecto este último que los economistas clásicos no perdieron de vista.

El segundo elemento que preside el análisis económico del siglo XIX portugués es la discusión, antes esbozada, del progreso o la decadencia portuguesa. Precisamente a raíz de las pérdidas coloniales de principios del XIX, los políticos e intelectuales portugueses se enfrascaron en la discusión sobre la decadencia del país tras un «glorioso» pasado imperial. El interés estaba en ver las causas que impidieron a Portugal entrar en el exclusivo club de países que lideraron o aprovecharon la revolución industrial. Relacionado con esta visión estaría la posibilidad de que, si se hubieran realizado otras políticas diferentes, la economía portuguesa podría haberse desarrollado mucho más y no haberse quedado rezagada. Sin embargo, la aproximación que en este libro se hace a esta cuestión es diferente, recogiendo las tendencias más recientes de la historia económica comparativa de Portugal. Se trata de comparar la economía portuguesa con otras de su misma situación, tanto geográfica, como política, demográfica, etc. (una de las posibles comparaciones es con España), para establecer las características económicas y sociales comunes de ese crecimiento. Se trata, en definitiva, de no buscar las causas del atraso, sino de analizar el crecimiento económico, que lo hubo, identificando sus causas y comparándolas con otros países.

A pesar de la insuficiente información estadística, sobre todo para la primera mitad del siglo, todos los autores coinciden en que el ochocientos fue claramente un período de crecimiento de la población, reducción de la mortalidad, crecimiento de la renta en mayor medida que el de la población (es decir, crecimiento de la renta *per cápita*), y mejora general y a largo plazo de las condiciones de vida de los portugueses. El primer capítulo de este volumen, dedicado a la población, constata estos hechos. En los siguientes capítulos se analizan los factores productivos que contribuyeron a este desarrollo portugués. En primer lugar, hubo

una expansión de la superficie productiva desde los años 1830. Esta expansión de la tierra fue paralela al crecimiento del producto agrícola, de la población y de la renta nacional *per cápita* (aproximadamente un 0,8 por ciento anual acumulativo). Estos datos reflejan un desarrollo agrícola extensivo en tierra e intensivo en trabajo, junto a la escasa importancia del rendimiento del capital y de la productividad del trabajo (al contrario de lo que ocurría en otros países europeos). El segundo factor es el trabajo, con un crecimiento del número de trabajadores similar al crecimiento de la población, lo que indica que las tasas de actividad variaron muy poco durante todo el siglo, aunque al final del período, y sobre todo por causa de la emigración, hubo que recurrir a una mayor participación de niños y de mujeres en la fuerza de trabajo. No obstante, lo que creció no fue tanto el número de trabajadores, sino el número de horas de trabajo, proceso que corre paralelo a un enorme desaprovechamiento de la mano de obra agrícola, lo que provocó una gran pérdida de eficiencia en ese sector. El último factor es el capital, que creció por encima de los otros factores de producción (tierra y trabajo), no sólo porque el aumento de la superficie cultivada exigía más maquinaria, sino también por una importante capitalización, concentrada a finales de siglo en los grandes latifundios del sur del país. No obstante, el elemento más importante dentro de la formación de capital fijo fue la construcción de redes viarias y del ferrocarril. Una parte muy importante de esta inversión fue soportada por el Estado, a través de la deuda pública, lo que permitió también la entrada de numerosos inversores extranjeros, no sólo a través de esa deuda, sino también con inversión directa, además de la ayuda de las remesas de los emigrantes portugueses en Brasil. Este proceso inversor, muy parecido al que tuvo lugar en España durante el mismo periodo, permite hacer varias reflexiones sobre el papel del Estado y del sistema financiero portugués, que más adelante desarrollaremos.

En el párrafo anterior ya se vislumbran algunos problemas que dificultaron el crecimiento económico portugués. El capítulo sobre la tecnología ofrece nuevos argumentos. Al igual que ocurrió en el siglo XVIII, y que ocurrirá en el XX, la economía portuguesa estaba muy desfasada en cuanto a innovación tecnológica. Además, la tecnología de esa época reforzaba la importancia de recursos que Portugal no poseía (hierro y carbón), la pequeña dimensión de sus mercados internos no permitía el aprovechamiento integral de las ventajas de las nuevas técnicas y formas de producción, y por último faltaban capitales y mano de obra especializados, con un problema muy importante de analfabetismo de la población. Los dos siguientes capítulos, dedicados a la agricultura y la industria, sirven para juntar las ideas anteriores respecto a los factores de producción. Así, uno de los elementos que podrían haber ayudado a aumentar la productividad general de la economía era la transferencia de recursos desde las actividades menos productivas (en este caso la agricultura) hasta las más productivas (la industria). Sin embargo, aunque se produjo esta transferencia, su importancia fue limitada, debido fundamentalmente al escaso desarrollo industrial portugués. La industria-

lización se vio obstaculizada por la falta de recursos naturales, la pequeña dimensión y diferenciación del mercado interno (con un bajo nivel de urbanización), la falta de capitales, la rigidez estructural de la economía y la sociedad portuguesas, y la escasez de mano de obra especializada. Aún así, un análisis interno de cada sector permite comprobar una cierta mejora debido a la transferencia interna entre actividades del mismo sector. Así, en la agricultura se observa un mayor crecimiento de las actividades agrícolas más productivas, sobre todo a finales de siglo. En la industria, sin embargo, este proceso fue menos decisivo, debido sobre todo a la importancia excesiva del sector textil, cuya proporción dentro de la industria era mucho mayor que en otros países.

Una explicación al poco peso de los sectores modernos en el total de la industria portuguesa se puede encontrar en el sector exterior. Tras un principio de siglo muy librecambista, con un Tratado de Comercio con el Reino Unido en 1810, desde 1837 se empezaron a aplicar leyes proteccionistas que no dejaron de intensificarse durante el resto del siglo. Esta política de sustitución de importaciones implicaba una especialización en los mismos productos que producían los países avanzados, es decir, el textil. Y al haber empezado más tarde, con una necesidad de recursos y de dimensión de mercado que Portugal no poseía, la competencia fue desventajosa para Portugal, como indican los datos de producción industrial, que apenas creció al mismo ritmo que en Europa, es decir, sin converger con los países más adelantados como sí hicieron otros países periféricos europeos de tamaño similar al portugués (básicamente en el Norte de Europa).

Esta política proteccionista tiene una gran relación con la política industrial, y de hecho el libro realiza un interesante ejercicio contrafactual, donde se intentan buscar políticas comerciales e industriales que teóricamente hubieran permitido un mayor desarrollo industrial en el Portugal del ochocientos. Si se hubiera optado por una política de mayor apertura al exterior, se tendrían que haber desarrollado sectores agrícolas con niveles de productividad superiores a los de la industria. Los datos que muestran las diferencias de productividad entre la industria y la agricultura evidencian que la probabilidad de que esto hubiera ocurrido es muy pequeña. Tampoco parece posible, en opinión del autor del capítulo sobre industria, que se hubieran podido desarrollar sectores exportadores de la propia industria (sólo hubo un aumento de las exportaciones cuando desde 1892 el proteccionismo se extendió a las colonias). Por tanto, la hipótesis que se defiende en el libro es que el crecimiento económico portugués no pudo haber sido mayor aunque se hubiera optado por una mayor apertura externa. El examen de las condiciones políticas, sociales e institucionales que se desarrolla en el resto de los capítulos de la obra, también incide en esta idea, al mostrar que aspectos como la inestabilidad política o la ineficiencia del Estado restaron posibilidades de crecimiento, aunque la modernización política e institucional creó las condiciones necesarias para el crecimiento del siglo XX.

Así, y tal como también ocurrió en España, a principios del siglo XIX

Portugal llevó a cabo una eliminación de numerosas instituciones heredadas del Antiguo Régimen, como los privilegios de las organizaciones corporativas, las barreras a la circulación interna de factores y productos, el establecimiento de derechos de propiedad, o el proceso de desamortización. Sin embargo, la crisis de principios de siglo provocada por las invasiones francesas provocó unos profundos problemas financieros de muy difícil solución (a los que ya hicimos referencia anteriormente). La estrategia del gobierno para tratar de solucionar este grave problema fue el de abordar inversiones materiales que ayudasen a mejorar la productividad del país, la circulación de bienes y la integración de la economía nacional, permitiendo superar su atraso; esta riqueza, a medio plazo, incrementaría los ingresos públicos a través de unos mayores recaudaciones impositivas. Pero ni la estrategia seguida por los primeros gobiernos (Costa Cabral) de llegar a acuerdos con las compañías capitalistas nacionales para repartirse los beneficios de los monopolios establecidos, ni la estrategia del período de la Regeneración (equivalente a la Restauración en España) de recurrir a la emisión de deuda pública preferentemente contraída por extranjeros, tuvieron éxito. Por un lado, la carga de la deuda era excesiva y hacía insostenible el sistema. Por otro lado, la creación de infraestructuras no generó el crecimiento económico esperado, que a su vez permitiese mejorar los ingresos impositivos. Además, una parte significativa de la deuda no se destinó a la inversión sino a los gastos corrientes. Las perturbaciones que las sucesivas crisis monetarias y financieras introdujeron en el sistema financiero portugués, unos bancos incapaces de movilizar el ahorro interno, y la no introducción de reformas fiscales que elevasen los impuestos para asegurar los ingresos necesarios al Estado, completan el cuadro.

La conclusión de este volumen es la dificultad de apuntar caminos alternativos que hubiesen desarrollado más la economía portuguesa. El Estado pudo haber sido más eficaz, en el libro se critica mucho, por ejemplo, su ineficiente política educativa, pero al final, según la opinión de los autores de este volumen, las condiciones ecológicas, políticas, sociales e institucionales del país marcaron ese inevitable bajo ritmo de crecimiento, comparado con el resto de Europa.

El Novecientos

El último volumen está dedicado al siglo XX. De nuevo se hace necesario establecer el marco teórico que guíe el análisis del desarrollo portugués en este periodo. Las teorías del crecimiento económico han conocido un extraordinario desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX. En cierto modo suponen una continuación de los modelos previos, con el añadido de disponer de datos estandarizados para la mayoría de los países (las series de contabilidad nacional) y de modelos matemáticos bastante sofisticados. Sin embargo, siguiendo las ideas de Maddison (*op. cit.*) lo más destacado y novedoso de estos modelos son dos ideas,

la noción del progreso técnico como algo que se materializa en el capital físico, y la idea de la educación como una forma de «capital humano» materializado en la fuerza de trabajo. Por otro lado, la existencia de países incapaces de subirse al tren del desarrollo, ha estimulado los estudios centrados en esos países pobres, estudios que remarcan los elementos que explican esta situación: instituciones desfavorables al crecimiento, efectos del colonialismo, intenso crecimiento demográfico, niveles bajos de inversión en capital físico y humano, o políticas públicas que disminuyen la eficiencia económica. Ambos modelos de crecimiento se pueden utilizar para el caso portugués, ya que este país mantuvo durante buena parte del siglo un atraso respecto a las naciones más adelantadas, a la vez que se observa durante las últimas décadas del siglo una convergencia importante que parece que ha acabado casi definitivamente con esa situación de atraso.

Existe, no obstante, un problema con el análisis portugués, problema idéntico al caso español. Ambos países estuvieron durante buena parte del siglo XX bajo regímenes dictatoriales y situaciones de grave inestabilidad política. De hecho, sólo después de la transición política tras el fin de las dictaduras del profesor Salazar y del general Franco, han conocido ambos países un periodo continuado (no llega a tres décadas) de estabilidad política y de democracia. El problema está en que desde un punto de vista exclusivamente económico, el desarrollo de estos países y su incorporación definitiva al crecimiento europeo se produjo antes, durante las dictaduras, por lo que es imposible establecer una relación causal o directa entre democracia y crecimiento. Es decir, aunque las dictaduras pudieron en algún sentido (o en muchos) ser causa del atraso económico de ambos países ibéricos, también las dictaduras impulsaron el cambio económico e institucional que permitió la extraordinaria convergencia de ambas economías con el resto de la Europa avanzada.

Teniendo en cuenta las anteriores reflexiones, el libro empieza por estudiar el comportamiento demográfico, donde el país tuvo un proceso de transición demográfica mucho más rápido y concentrado en el tiempo que en otros países, alcanzando al final de siglo una pauta demográfica similar a la europea. El aspecto más distintivo en Portugal es la migración, con una fuerte emigración hacia las colonias y la Europa rica en los años 1950 y 1960, y una fuerte entrada de nacionales tras la independencia de esas colonias en la década de 1970. En cuanto a la población laboral, a pesar de que la población total creció muy poco desde mediados de siglo, el crecimiento de la población activa se mantuvo relativamente estable, debido al aumento de la tasa de actividad de la población. Se observa, por tanto, una gran flexibilidad en los mercados laborales, cuyo indicador más evidente es las relativamente bajas tasas de desempleo durante todo el periodo. Por último, la inversión en capital humano también ha conocido un aumento elevado en estos años.

A principios de siglo, Portugal tenía un nivel de capitalización (infraestructuras y equipamiento) muy bajo, lo que se pudo superar con una inversión en

capital físico elevada y sostenida en el tiempo, apoyada en el ahorro interno. Esto muestra que los mercados funcionaban, que esas necesidades de capital provocaron unas tasas de interés y de rentabilidad de los capitales suficientemente atractivas para atraer ahorro. También el progreso técnico, estimado como el residuo de la función de producción tras medir las aportaciones del trabajo y el capital, muestra una cierta contribución al desarrollo económico portugués, aunque esta contribución es comparativamente menor a la de otros países europeos. Estamos ante uno de los problemas básicos de la economía portuguesa, como también ocurre con la española, un problema de presente y de futuro, ya que es precisamente en la tecnología aplicada al trabajo (capital humano) y al capital, y no en la simple inversión acumulativa de estos factores, donde se encuentra la capacidad de mantener e incrementar el crecimiento de las sociedades avanzadas, tal como defienden las modernas teorías del crecimiento económico. La existencia, apuntada en este capítulo, de una relación directa entre el nivel de apertura exterior de la economía, la estabilidad macroeconómica, el desarrollo institucional y el nivel de progreso técnico, nos muestra el camino más adecuado que debe seguir y mantener la economía portuguesa para crecer en el futuro.

Precisamente el análisis de los sectores productivos continúa con esa cuestión. El capítulo sobre la agricultura es muy pesimista, reflejando un comportamiento de este sector poco satisfactorio debido a la baja productividad de la tierra y a las bajas tasas de inversión en infraestructuras, equipamientos e innovación tecnológica. En cuanto a la industria, al igual que en España, se produjo un periodo de brillante industrialización entre 1959 y 1970, basado en la mejora de la productividad del trabajo apoyado por el incremento de la capitalización. El aumento del peso de los sectores industriales más productivos y la apertura externa contribuyeron también a este buen comportamiento industrial. Sin embargo, destaca un elemento preocupante, y es que el esfuerzo de intensificación de utilización del capital sobrepasa sobre el esfuerzo en el progreso técnico y organizativo. Esto provocó un crecimiento de la productividad del trabajo inferior al de otros países europeos. El atraso industrial portugués era tan bajo al inicio del periodo, que los sectores que lideraron la industrialización eran más productivos que otros sectores portugueses (de ahí las mejoras productivas) pero menos productivos que en los otros países europeos. El ejemplo del sector textil ilustra perfectamente esta situación.

Entramos en los capítulos dedicados a las cuestiones monetarias y financieras. Existe una evidente relación entre la inestabilidad monetaria y financiera del país y su evolución política. Efectivamente, los años previos a la dictadura de Salazar fueron de una gran inestabilidad en este terreno, mientras que la dictadura logró estabilizar rápidamente la situación y mantenerla así de estable hasta el final del régimen. Vuelta la democracia, de nuevo surgieron graves inestabilidades monetarias y financieras, que al final se han resuelto, tal como se comprueba con la reciente entrada de Portugal en la zona Euro. Es evidente que esta cues-

ción es muy polémica, y así se refleja en las discusiones del libro, ya que dejarla así significaría reconocer una buena política económica de la dictadura, a lo que se puede rebatir presentando algunas objeciones, como que la política de estabilidad que consiguió la dictadura de Salazar durante sus primeros años en realidad venía de políticas ya establecidas en los últimos años de la república, o que el excesivo empecinamiento en mantener esa estabilidad monetaria y financiera a lo largo de toda la dictadura descuidó e interfirió negativamente en otras políticas como la industrial o la tecnológica.

Igual de polémica es la controversia sobre la apertura externa de Portugal. Es innegable que esta apertura, que corrió paralela a la industrialización, fue determinante para que Portugal creciera y convergiera con Europa, sobre todo en la segunda mitad del siglo. Entre sus efectos positivos está que favoreció la especialización industrial y ayudó a este sector con la importación de bienes de inversión y productos intermedios. Pero la conclusión que se desprende de este volumen es que esta apertura externa es una condición necesaria para el desarrollo a medio y largo plazo del país, pero no una condición suficiente. Y es en los aspectos institucionales, que se abordan en los últimos capítulos del libro, donde se pueden encontrar también algunos obstáculos al crecimiento portugués. Por un lado están las colonias, relacionadas con el sector exterior, que si bien el libro defiende que el interés por estos territorios se complementó con la creciente relación de Portugal con Europa, según otros autores ocurrió precisamente lo contrario, el excesivo empecinamiento en conservar las colonias y crear una estrecha relación comercial con la metrópoli, obstaculizó la apertura de Portugal hacia los mercados europeos, sin contar con los problemas políticos y sociales que la cuestión colonial provocó en Portugal hasta su traumática descolonización en 1975.

La dictadura influyó en que los sindicatos tuvieran un carácter muy politizado en la nueva etapa democrática, lo que hizo que estos se mostraran poco favorables a ligar los aumentos salariales con la productividad del trabajo. Sin embargo, y aunque la misma situación también se dio en España, a diferencia de ésta, en Portugal afectó poco al alto grado de flexibilidad de su mercado de trabajo. También se hace un análisis negativo de la política económica e industrial del país. A pesar de que la entrada en la Unión Europea y en la zona Euro es un elemento institucional muy favorable, la impresión general de todo este volumen es que la calidad de las instituciones políticas, junto a algunos problemas económicos específicos como la escasa dotación de infraestructuras económicas y sociales y los bajos niveles de capital humano y tecnología, constituyen los principales problemas de Portugal para su desarrollo en los próximos años.

Concluimos esta nota bibliográfica con una reflexión general sobre lo interesante que resulta este libro para los historiadores económicos españoles. En primer lugar, tal como se ha podido observar en las páginas anteriores, la economía española tiene muchos puntos en común con la portuguesa, lo que permite

extraer conclusiones comunes en muchos aspectos de su evolución económica y social. En segundo lugar, el propio planteamiento de la obra nos puede servir de acicate para abordar trabajos de las mismas características. La ventaja de estas obras colectivas es que exponen diferentes hipótesis sobre los principales polémicas del desarrollo económico del país y sirven de marco general para los historiadores de nuestra disciplina al reflejar todas (o muchas de) las tendencias existentes. Por último, hay que destacar la importancia que tiene la investigación del siglo XVIII para comprender la evolución económica contemporánea de la economía española. Los libros existentes en España, sin duda debido a las características de los planes de estudio de nuestra disciplina, se centran en los siglos XIX y XX, y quizás sea necesario, a pesar de las innegables dificultades que esto tiene, volver la vista un poco más atrás, lo que mejoraría nuestra comprensión de la evolución y de los problemas actuales de nuestra economía. El ejemplo de este magnífico libro portugués puede servirnos de incentivo para tratar de mejorar nuestras propias investigaciones sobre el pasado y el presente de la economía española.